

FRANCISCO ALEMÁN Y «MONTEAGUDO»

EL anterior número de *Monteagudo* se abría con unas páginas de Francisco Javier Díez de Revenga, redactadas muy poco después del fallecimiento de Francisco Alemán Sainz. En ellas se recordaba, con justeza y emoción, lo que esta revista debe al gran escritor murciano desaparecido:

“Con la muerte de Francisco Alemán Sainz el 29 de agosto de 1981 —decía Javier Díez de Revenga— *Monteagudo* pierde uno de sus más entusiastas defensores, colaboradores y lectores. Bien sabe Mariano Baquero Goyanes, desde 1953, y el que estas páginas escribe, desde la nueva puesta en marcha de la revista en 1976, lo que Francisco Alemán Sainz admiraba esta sencilla publicación, tantas veces inspirada por él. Porque Alemán Sainz venía a representar el lector-colaborador ideal que la revista propugnaba y sigue propugnando como vehículo entre la Universidad y la cultura de Murcia. Su siempre atenta atención, sus inagotables ideas y consejos, atendidos por *Monteagudo* sin vacilaciones ni excepciones, sus peculiares y enriquecedoras colaboraciones originales, van a faltar, a partir de ahora, en esta revista universitaria y murciana. *Monteagudo* pierde mucho de su esencia y de su sentido al no contar ya con el gran escritor desaparecido”.

Porque, efectivamente, bien sé yo, desde 1953, cuánto debe *Monteagudo* a Paco Alemán, ha querido iniciar estas líneas con las recién transcritas de Díez de Revenga, para, desde ellas, evocar brevemente lo que significó la colaboración y el consejo del autor fallecido.



No es ésta la primera vez que *Monteagudo* rinde homenaje a los colaboradores que la muerte le ha ido arrebatando. Ya lo hizo en 1976, tras el fallecimiento de Antonio Pérez Gómez, o, antes, en 1967, al dedicar todo un número a la memoria de Carlos Ruiz-Funes.

El caso de Francisco Alemán es aún más singular, puesto que, sin hipébole, puede decirse que si *Monteagudo* vio la luz como publicación de la Cátedra "Saavedra Fajardo", fue por consejo suyo, cuando, en 1953, tres años después de mi llegada a Murcia como catedrático, se me confió la dirección de tal Cátedra de Estudios Murcianos.

Mi amistad con Alemán Sainz databa del año mismo de mi incorporación a la cátedra de Literatura Española. En 1952 prologué el primer libro de cuentos del autor fallecido, *La vaca y el sarcófago*. En 1953 se inició la aventura de *Monteagudo*, nacida, como tantas cosas de la vida y de la cultura española, en una tertulia.

En 1976, y en su discurso de ingreso en la Academia Alfonso X, el Sabio, Francisco Alemán tuvo ocasión de evocar el ambiente de esa Murcia "de veinticinco o treinta años atrás, cuando, adelantándose a otras ciudades, hizo de la conferencia una convocatoria crepuscular para aquellos murcianos relacionados de alguna manera con la cultura".

En ese ambiente de conferencias y de charlas, mantuvieron diálogo y amistad escritores murcianos o vecindados en Murcia, como los recordados por Alemán en el citado discurso:

"Ángel Valbuena Prat, Dictinio de Castillo-Elejabeytia, Enrique Tierno Galván, José Ballester, Román Alberca, José y Vicente Cervera, Mariano Baquero, Manuel Muñoz Cortés, Antonio de Hoyos y otros, entre los que se hallaba el autor, teníamos conferencia a menudo en el relevo de la tarde por la noche y en Murcia. Tres eran los enclaves previstos para esta tarea: la Cátedra Saavedra Fajardo de la Universidad, los Coloquios de Cultura, de la Sección Femenina, y la Real Sociedad Económica de Amigos del País".

Nos pareció, entonces, que la Cátedra "Saavedra Fajardo" podría hacer algo más que organizar conferencias y lecturas; que debería contar con un órgano propio de expresión, con una revista. Con Paco Alemán hablé de su diseño, organización, contenido, título. El lo encontró, sugiriendo, muy acertadamente, el tan eufónico y representativo de *Monteagudo*. Todo un símbolo de espiritual despegue, de referencia murciana, tan claramente destacable sobre el horizonte como lo pueda ser la misma torre catedralicia.

El formato adoptado por la revista era el mismo que hoy presenta. El



pintor Manuel Muñoz Barberán se encargó de dibujar el rótulo y de modernizar y estilizar, muy bellamente, el grabado barroco correspondiente a la segunda de las *Empresas* de Saavedra Fajardo, que fue la elegida como significadora del empeño y alcance de la revista: el caballero pictórico dispuesto para recibir la creación que podrá salir de la paleta y los pinceles, empuñados por la mano del artista. *Ad omnia* era un lema que parecía convenir bien al propósito de dar cabida en las páginas de la revista a un muy variado repertorio de posibilidades: las del ensayo, el cuento, la poesía, las artes plásticas, la historia y los temas locales, etc. Abarcar si no todo, lo más posible, aunque fuese en escala reducida.

Y así, desde el primer número de *Monteagudo* a los últimos, ya bajo la inteligente dirección de Díez de Revenga, la revista ha venido siendo fiel a ese lema y a ese propósito.

Ahora, cuando mi tiempo universitario desborda, con creces, el cuarto de siglo, resulta que *Monteagudo* sigue figurando entre las creaciones que más quiero y en la que reconozco haber puesto más ilusión.

Por eso, me parece justo destacar que si tal empeño fue posible, hay que atribuir su logro a hombres que tanto dieron a la revista como Francisco Alemán.

Si una revista es, con frecuencia, un hombre, según ocurrió con *El espectador* de Ortega y Gasset, e incluso con la primera época de la *Revista de Occidente*, no hay duda alguna, para mí, en adscribir lo que *Monteagudo* pueda significar en la vida cultural murciana, a la persona de Francisco Alemán.

En su citado discurso académico recordó el autor algunas de sus colaboraciones en la revista:

“En *Monteagudo* salieron dos series de entrevistas apócrifas que, en su mayor parte, fueron dialogadas anteriormente ante los micrófonos de Radio Juventud de Murcia. Eran conversaciones inventadas con Gabriel d’Annunzio, Marcel Proust, José Ortega y Gasset, Georges Bernard Shaw, Juan Ramón Jiménez, Gilbert K. Chesterton, H. G. Wells, Sir Arturo Conan Doyle, José Mallorquí, Julio Verne, George Simenon, Agatha Christie y Edgar Rice Burroughs”.

Paco Alemán recordó con cariño tales colaboraciones y confesó que eran “las mejores obras que he escrito dentro de las limitaciones de espacio que para mí ha constituido siempre un reto”.



Pero, por supuesto, las colaboraciones del escritor en *Monteagudo* no se agotaron ahí. En el primer número, en 1953, se publicó un muy bello cuento de tema murciano, *Los caminos del agua*, luego recogido en el volumen *Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto*. Y en esta línea, la de la literatura de ficción, cabría recordar otras colaboraciones, tan curiosa alguna como la publicada en 1954, *El sueño en la tarde de lluvia (Monólogo con objetos)*, incluíble en la poco conocida zona de la creación entre teatral y radiofónica.

No menos interés ofrece el considerar que, en el mismo año, 1954, en el número 8 de *Monteagudo*, Alemán Sainz publicó un poema, *Canto a Nadie*, revelador de una vocación y gusto por el verso que, en los últimos años, iba a manifestarse plenamente en los *Poemas del narrador*.

Especial atención merecen las *entrevistas apócrifas* que Paco recordara en su discurso académico, publicadas en 1961 y 1963. Junto a ellas, artículos y ensayos de distinta índole, como el dedicado en 1955 a *Hellín y Mor de Fuentes*, o el que, en 1961, analizara *Dos casos de la novela policíaca. Mason y Poirot: el buscarruidos y el tranquilo*. El cuento siguió estando presente en las páginas de *Monteagudo*, donde, en 1962, apareció *Florencia no vendrá*, y en 1961, *El último piso*, incluíble en ese género, dado ya a conocer en 1954, mezcla de teatro y guión radiofónico; representado asimismo, en 1967, con *Tres guiones de radio y una careta*. Y, por supuesto, la atención que Alemán dispensó siempre a los temas y gentes de su tierra, dió lugar a colaboraciones tan bellas como las *Cartas sin respuesta (Memoria de Carlos Ruiz-Funes)*, en 1967, o el estudio de la correspondencia que mantuvo con Juan Guerrero Ruiz, publicado en 1970.

La nueva época de *Monteagudo*, iniciada en 1976 bajo la dirección de Díez de Revenga, sigue contando con las colaboraciones de Paco Alemán. Y así, en 1977, aparece un ensayo muy interesante sobre el filósofo Luis Abad Carretero. El que a Alemán Sainz le interesara tanto la *Filosofía del instante* de ese escritor almeriense, me resulta, ahora, muy revelador, con referencia al cultivo del cuento; tal vez, el más característico y mejor dominado de los géneros de creación que manejara Paco Alemán. No parece casual, entonces —según he tratado de señalar en el reciente *Prólogo* a una edición de *Cuentos* de Alemán Sainz—, esa significativa correlación entre



instante y cuento, si pensamos en las mas decisivas características de tal especie literaria.

El tan breve y bello *Recado a Carmen Conde* de Alemán que recogió el número de *Monteagudo* dedicado a la escritora carragenera con motivo de su ingreso en la Real Academia, fue seguido, en el mismo año de 1978, por el regreso a la temática más querida de Alemán: los *Síntomas de la novela policíaca*.

Al año siguiente, y en el número extraordinario dedicado a Gabriel Miró, se reprodujo un artículo periodístico que fuera premiado, en 1962, como el mejor artículo sobre Miró publicado en tal año: *Mirada de Miró*.

Las últimas colaboraciones de Paco en la revista se configuran como dos pliegos sueltos; conteniendo el primero, en 1979, uno de los mas bellos y trabajados poemas de Alemán Sainz —que, ya por entonces, había desvelado plenamente su vertiente poética en los *Poemas del narrador*—, el titulado *Empédocles en Balazote*.

El otro pliego, ofrecido en 1980, no era propiamente un escrito de Paco Alemán, sino una aportación, procedente de sus archivos, en que se recogía el muy gracioso *Elogio del Barrio de San Juan (Romance Antiguo)*, de Luis Garay, acompañado de un dibujo de este pintor murciano. Por él sintió siempre gran afecto y admiración Paco Alemán. El lo llevó a la Cátedra "Saavedra Fajardo", donde, en una sesión inolvidable para todos los que tuvimos la suerte de asistir, Garay leyó algunos fragmentos de sus memorias y semblanzas, luego recogidas en libro que prologara el propio Alemán Sainz.

Y quizás aquí debería detenerse este recuento o repaso de las aportaciones de Alemán Sainz a *Monteagudo*. Pero es que aún hay más, ya que, junto a las colaboraciones propias, habría que contar las muchas, muchísimas, que Paco consiguió para la revista, tanto de escritores como de artistas plásticos. El hecho de que, desde muy joven, este escritor pudiera ser considerado como uno de los mas importantes con que contaba la actual literatura murciana, trajo, entre otras consecuencias, la de convertirlo en ejemplo y maestro de otros escritores, manteniéndole relacionado con lo mejor y más significativo del quehacer artístico y literario de la Murcia de su tiempo.

Francisco Alemán fue, por lo tanto, capaz de llevar a la Cátedra "Saavedra Fajardo" a personalidades tan considerables como el recién recordado Luis Garay, o al inolvidable José Ballester. Una publicación de la Cátedra,



Dos tiempos de Murcia recogió, precisamente, dos conferencias pronunciadas por Ballester y el propio Alemán Sainz.

Si ahora tuviese que ir señalando todos los cuentos, poemas, artículos, dibujos, reproducciones de esculturas, etc., de tantos y tantos escritores, pintores o escultores como Alemán Sainz fue haciendo llegar a *Monteagudo*, esto se convertiría en el cuento de nunca acabar.

Con todo, sí quisiera aludir a cómo una de las colaboraciones más importantes con que, durante muchos años, contó *Monteagudo*, la del gran bibliófilo ciezano Antonio Pérez Gómez, fue también suscitada por Alemán Sainz.

En los dos primeros números de *Monteagudo*, muy cuidadosamente preparados en 1953, iban dos pliegos sueltos, en papel de color, con sendas descripciones de las ciudades de Murcia y de Cartagena. La idea gustó tanto a Pérez Gómez que nos envió, para el número 3, un pliego suelto con una descripción de un terremoto en Murcia en 1829.

Se inició así, en 1953, la publicación en *Monteagudo* de la que, andando el tiempo, llegó a convertirse en una de las colecciones más estimadas por los bibliófilos: la de *Pliegos sueltos de literatura murciana de cordel*, editados y comentados por Antonio Pérez Gómez. Cuando éste murió, en 1976, tuve ocasión de evocar, en *Monteagudo*, el origen e historia de tal colección.

Si la misma confirió a *Monteagudo* un muy personal y muy murciano acento, no menor fue el acierto de Francisco Alemán al sugerir que las solapas de la revista, en tantos y tantos números, a partir del 2, podrían llevar algunos textos relativos a Murcia. Y, efectivamente, gracias a los espléndidos ficheros de Paco, fue posible ir ofreciendo a los lectores de *Monteagudo*, durante muchos años, textos en que se aludía a Murcia, de Saavedra Fajardo, Azorín, André Gide, Xerif-Al-Edrisí, Al-Maccari, Ciro Bayo, Pedro Murillo, Antonia Monasterio, Dionisio Pérez, Ignacio Olagüe, Ramón Gaya, Luis Romero, Fernando García Mercadal, Luis Garay, Javier Fuentes y Ponte, Jerónimo Münzer, Walter Starkie, Gregorio Marañón, Bernabé Herrero, Elías Tormo, Manuel Rodríguez Pantoja, Domingo Manfredi, Ortiz Echagüe, Suzanne Chantal, etc.

Quien repase hoy las solapas de, por lo menos, los primeros treinta y tantos números de *Monteagudo*, se encontrará con una estupenda antología de textos breves referidos a Murcia, sus monumentos, sus gentes, sus costumbres, sus trajes, bailes, comidas, vinos, etc.



Gran parte de los mismos, su casi totalidad, procedía de los ficheros de Paco Alemán, en los que tantos textos y referencias a Murcia habían ido quedando recogidos, como signo de amor, de ese arraigo de que siempre hizo gala el autor, en su vivir y su escribir.

Y aunque pueda parecer que me ciega el afecto, el gran afecto, al amigo, y la simpatía a la revista que tanto le debió siempre, creo sinceramente que, entre los testimonios literarios que nos han quedado del admirable estilo con que Francisco Alemán vivió su murcianía, *Monteagudo* podría ser considerado como uno de los más rotundos y elocuentes.

